

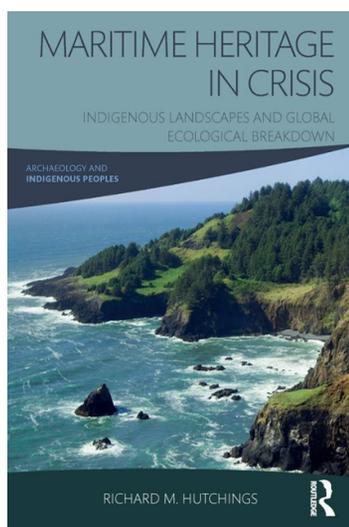
**Complutum**

ISSN: 1131-6993

<http://dx.doi.org/10.5209/CMPL.62404>


 EDICIONES  
COMPLUTENSE

Richard Hutchings, *Maritime Heritage in Crisis. Indigenous landscapes and global ecological breakdown*, Routledge, Londres, 2017.



Parecería que el tema general de este libro es la relación entre la crisis del patrimonio y la crisis ecológica, es decir, la sinergia existente, pero rara vez reconocida, entre dos crisis que terminan siendo una sola y que es producida, precipitada y sostenida por el ritmo frenético del gran mantra de nuestro tiempo, el desarrollo. Pero el título del libro es engañoso. Aunque aporta elementos cruciales para entender cómo un fenómeno ecológico global, el aumento de temperatura y la consecuente elevación del nivel del mar (resultados directos del desafío desarrollista), afecta el patrimonio de un área costera de Canadá (y, en ese sentido, ya el libro sería suficientemente original y relevante), el argumento más importante es otro: cómo la arqueología de contrato participa, de una manera activa, con el avance del desarrollo que, como en este caso, produce impactos deletéreos sobre el patrimonio (un concepto de la ontología moderno-colonial) o, de nuevo como en este caso, sobre los paisajes históricos o de memoria de las poblaciones indígenas (lo que ya nos sitúa al margen de esa ontología). La crisis del “patrimonio”, entonces, es más que eso, mucho más que el asalto a los referentes de un concepto moderno; es una crisis que amenaza

los lugares cargados de sentido histórico de muchos colectivos y comunidades y, claro, de otras ontologías.

La arqueología de contrato (parte de lo que se llama *cultural resource management* en varios países anglófonos) es la práctica disciplinaria más extendida a nivel mundial pero, también, la menos discutida. Los espacios académicos (simposios, artículos, libros) donde se ha discutido este tema son pocos, un síntoma inequívoco de que la arqueología ha tendido un espeso manto de silencio (y de consenso) sobre una práctica, la de contrato, que mira con cierto desdén (porque usa estándares poco académicos, porque se relaciona de manera abierta y grosera con el mercado) pero que protege de la mirada indiscreta porque le presta buenos servicios, el menor de los cuales no es alejar el escrutinio de la relación tricentenario de la disciplina con el capitalismo. El libro de Rich Hutchings es, entonces, indiscreto y perspicaz: ofrece una necesarísima lectura crítica de la arqueología de contrato y de las labores que presta, de manera complaciente y servil, a la consolidación y expansión de la lógica del desarrollo.

Esta crítica de la arqueología de contrato conduce a una conclusión dramática, planteada desde las primeras páginas del libro: “El patrimonio marítimo indígena está amenazado a nivel mundial y la arqueología es parte del problema, no parte de la solución” (p. 1). Pero no sólo el patrimonio marítimo indígena está amenazado, claro, aunque este sea el abordaje particular del libro; están amenazados la vida y los finos equilibrios del planeta. Lo que más me interesa de esa declaración, sin embargo, es que “la arqueología es parte del problema, no parte de la solución”. La arqueología (sobre todo la que se realiza bajo formas contractuales) trabaja al servicio de las fuerzas que producen las varias crisis contemporáneas. No palia las crisis precipitadas por el desarrollo; al contrario, participa de su profundización porque no enfrenta sus fuerzas productoras sino

que las acompaña. Quienes ven la arqueología de contrato como parte de la solución de los problemas causados por el desarrollo (en su caso puntual, la amenaza a la integridad del “patrimonio” o el “registro arqueológico” debido a la expansión de obras de infraestructura) pasan por alto que, más bien, trabaja a su favor produciendo informes técnicos que conducen a la liberación del suelo.

Al inicio del libro Hutchings hace una observación inquietante: usando un argumento de Raymond Rogers señala que la mayor parte de las “soluciones” propuestas a la crisis del patrimonio —es decir, a su condición amenazada por los proyectos de desarrollo— están enmarcadas en un enfoque estratégico, instrumental y técnico basado en la ciencia y en la planificación. Claro: la tecnificación es la manera brutal como las disciplinas modernas, la arqueología entre ellas, escamotean su responsabilidad al remitir su acto de intervención a un espacio exterior, neutral y objetivo.

Frente a la crisis del patrimonio la respuesta disciplinaria es una sola: estudiar lo que más se pueda (usualmente sitios “significativos”) antes de que desaparezca. Allí entra en escena la arqueología de contrato, “suponiendo que la ciencia es el factor limitante en la crisis patrimonial” (p. 45). La pregunta que hace el libro, sin embargo, es básica y profunda: ¿cómo puede ser la arqueología de contrato *qua* ciencia el factor limitante si participa de las mismas fuerzas que provocan la crisis? Esta aporía tiene fácil solución: no puede ser el factor limitante, no puede ser juez y parte. No puede serlo porque es una tecnología de gobierno que forma parte de lo que Hutchings llama la ideología del *resourcism*, que convierte el patrimonio en mercancía; además, “a través de esta conversión se producen ‘recursos’ que necesitan ser manejados” (p. 92). Mediante el *resourcism* la “elite en el poder provee los valores, el sentido del patrimonio, el significado y la motivación para manejar ‘recursos’ que están en línea con sus intereses capitalistas. En la arqueología académica esto se alcanza mediante el énfasis en la ciencia, el progreso y la materialidad. En el manejo de recursos culturales, como en

otras áreas gerenciales, el *resourcism* permite y promueve una agenda de crecimiento, desarrollo y progreso científico. Juntas, estas ideologías son responsables del agotamiento del recurso” (p. 93). Es una monstruosa paradoja que la práctica de contrato que supuestamente mitiga la crisis patrimonial termine contribuyendo a su profundización porque en vez de oponerse al desarrollo produce insumos que lo alimentan.

Thomas King ha acusado al sistema de manejo de recursos culturales de “blanquear” la destrucción del patrimonio, una acusación a la que hace eco el libro de Hutchings: en vez de reducir los impactos sobre el patrimonio la arqueología de contrato termina aumentándolos puesto que al actuar en conjunto con los intereses moderno-capitalitas “facilita y ‘permite’ el desarrollo en vez de proteger el patrimonio de esos intereses” (p. 94). Hutchings, además, se une a un amplio grupo de intelectuales-activistas en el mundo que ha denunciado que “al convertir los paisajes patrimoniales en recursos arqueológicos los gerentes autorizados por el Estado pueden controlar el patrimonio desde lejos y al servicio del Estado. La fuerza que se encuentra detrás de este proyecto es el capitalismo” (p. 93). Así, en esta faceta de destrucción, conversión y manejo la arqueología de contrato contribuye a la solución del “problema indígena” (p. 96), reciclando el papel nacionalista de la disciplina en el escenario neoliberal. Al autorizar y legitimar la expansión del desarrollo, la arqueología de contrato certifica la destrucción de las memorias locales.

Este libro de Rich Hutchings es importante, osado y oportuno y se suma a una literatura creciente que impugna y revela los límites de la arqueología, especialmente (pero no únicamente, desde luego) de su forma contractual. Interesará a un amplio grupo de personas, académicos y activistas, a todos aquellos interesados en el rumbo de la historia ante los desafueros del desarrollo.

Cristóbal Gnecco  
Universidad del Cauca